



pero, resurgente y sagrado: aquello que no reuna en sí todas las bellas cualidades que constituyen el bien, podrá ser todo, comprender, amigo mío... todo, menos libertad. Dices que no ignoras que en todas partes se encuentra la verdad y la mentira, pero que hay algo en el librepensamiento que impule tu corazón hacia él y que crees que ese algo es que en el librepensamiento hay más naturalidad, más candidez de verdad que en el catolicismo. Tienes razón, amigo mío, no seré yo, ni ningún librepensador verdadero, quien pretenda hacer creer que es el librepensamiento hay sólo verdad. Sabido es que la naturaleza es mezcla del oro con la escoria, la plata con el estaño, el grano con la paja, así es el mundo; y, probablemente, es una felicidad que así sea, porque el estado del espíritu de los seres que te pugnan es también inabundante y hasta ese cielo tan hermoso, vacía con frecuencia, dejándose var, en la oscuridad, en la luz luminosa, oscureciéndose de nuevo y recorriendo después su luz. Un poeta dijo que: «La primavera carecía de brillo y esplendor si fuese continua.» Pues bien, la verdad no sería tampoco deseada y amada, si el error, dejándose var a su lado, no le diera un horrible fealdad, lo hiciera más hermosa. Así, pues, bien está lo hecho. En cuanto a lo que crees que en el librepensamiento hay más naturalidad y verdad que en el catolicismo, también tienes razón; y por si aún quedara alguna sombra de duda en tu espíritu respecto a ese particular, quiero contarte algo que recuerdo en este momento; algo que creo no debo callar, y por lo tanto, voy a referir.

No hace muchos días fui a visitar una familia de esas que presentaban se evanescentes llamándose católicas. Esta familia es fantástica, una familia que, a saber que yo me preguntaba de vez en cuando algunas cuartillas para LAS DOMINICALES, rompiendo con la cortesía y con todas las buenas formas de la educación, no vacilaría, a pesar de la amistad, en arrojarme de su casa; desearé que, si se he de decir la verdad, no me importaría gran cosa, porque el insulto, que viene de muy bajo, se retiene en el camino, y no se oye. El fanatismo no tiene corazón ni razón, es el extravío, es el delirio; pedir, pues, a los católicos, y sobre todo a los católicos fanáticos, tolerancia para con sus semejantes y amor para su prójimo, viene a ser lo mismo que exigir generosidad al avaro, prudencia al temerario y sabiduría al necio.

Necesario es que lo sepas tú, que lo sepa el mundo, que muy cuidados son los que viven en el catolicismo sin aborrecer, no sólo a los que tenemos ideas contrarias a las suyas, sino también a los de sus mismas ideas. Si, amigo mío; muy cuidados son los que viven en esa situación de hipocritas sin aborrecer y ser aborrecidos, sin ser esclavos de su propio furor, o víctimas del ajeno. En ella se ven salir de lenguas envenenadas palabras melosas, pusear juntos y sentarse a una mesa ruidosa oculto, cuyos pechos están divididos por el odio o por el interés; se oye resonar parabienes apegados de animos tristes y comedidos de envidia; se unen los omógrafos para derribar a los que llaman hermanos. ¡Qué sinceridad puede caber en los que abogan los pocos buenos impulsos que sienten y no interrogan jamás a su conciencia; en los que con ardo y maquinaciones redoblan los portillos y subterfugios del corazón, para poner trabas a la verdad, o preparar los caminos de su fortuna, o disimular la ira, aguardando ocasión oportuna para la venganza? Ninguno, amigo mío, ninguno. En los católicos no hay, no puede haber sinceridad, no edican en la escuela de la doblez, de la que salen con el caudal del dolo y el fingimiento, caudal con el cual hacen su negocio comercial. Confundiendo lo apócrifo con lo genuino, lo dudoso con lo cierto, lo probable con lo seguro, y lo verdadero con lo falso, han vivido y aún viven; pero, ¡ah! sus corazones están cada día más corrompidos, y lo que se ha podido no puede volver a ser sano; necesariamente ha de disolverse y ha de reducirse a polvo. Dejemos, dejemos que obre el tiempo; la verdad y la justicia, son inevitables; dejémosles hacer; ellos irán cayendo uno a uno, ciento a ciento, mil a mil, como las hojas secas del árbol para postrarse en el suelo; el árbol echará hojas nuevas, lozanas, puras, y las hojas secas, arrematadas por el huracán, desaparecerán en confuso torbellino; para nunca más volver. Entretanto que esto sucede, luchemos y reuchemos, los buenos por mantener el derecho, los malos por acrecentar su infamia vana. ¡Oh! Pero que tengan cuidado, porque, si continúan en demasado, al juzgando muy ligeramente al noble pueblo que ellos llaman con despreciativo desden la canalla, dan mucho fuego al vapor, cierran la válvula de seguridad y se sientan seguros, verán dónde van a parar...

Más, perdona, amigo mío, que dejándome arrastrar por mi amor a la verdad y mi afán de hacer reinan la justicia, haya ido tan lejos, y volvamos a la fantástica familia de mi cuento. Como te he dicho, fui a visitar esa familia, y al llegar me encontré con que uno de sus miembros se hallaba enfermo. Por primera vez penetré en su dormitorio, y lo creyendo al aspecto de aquel dormitorio sentí palpitar en mi corazón la ira, el asco y la compasión. En aquella habitación más oscura y lóbrega que el Tartaro, derramaba su amarillento luz una vela de cera que alumbraba un crucifijo, a cuyos pies se veía una calavera, y colgadas en las paredes unos clavos y tenazas con manchas imitando sangre, un corazón atravesado por una espada, y más lejos de este corazón, como presidiendo aquella reunión de fútiles objetos, se destacaban unas correas, ó azote con ramales guarnecidos de plomo. ¡Ah! Parece mentira que en este hermoso siglo XIX, donde la luz irradia por todas partes, existan personas que crean posible que a Dios le sean agradables la crueldad y la estupididad. ¡Pobres seres ignorantes, que escuchan como a érculos a esos hipócritas que sólo aman la destrucción y el dinero! Creer que a Dios pueden serle agradables barbaridades, tales como que martiricen sus cuerpos, que anden con las rodillas habiéndose dado pies para que puedan hacerlo más cómodamente, que hagan con la lengua una cruz en el suelo, y, en fin, otra porción de gracias por el suelo de las ciudades! ¡Pobres seres enfermos! No saben que al Dios bueno y generoso no le agradan, no pueden agradarle semejantes cosas, y tanto no son de su gusto que, según cuentan, parece que en cierta ocasión sucedió que allá en el cielo, San Francisco, por hacer méritos, mezcló con su comida ceniza, lo que visto por Dios, y no agradándole semejantes méritos, motivó que le reprendiera con mucha gracia, diciéndole:

«Mira, Paco, para ser santo no hay necesidad de ser cochino.» Opino exactamente lo mismo: para ser bueno y honrado, no hay necesidad de ser sucio hasta el idiotismo. ¡Infelices seres sin voluntad propia, que compadecéis de corazón a Dios el cielo, ó lo que es lo mismo, el amor, la tranquilidad, la paz y la dicha en el catolicismo! ¡Qué dices tú, amigo mío, si yo para ir al polo Norte tomaba el camino de Avila... BÉNAS,

y con razón, que me había equivocado. Pues eso les sucede a esos desgraciados maniqués del catolicismo; se equivocan, se equivocan lastimosamente, lo que buscan no se encuentra en eso que ellos creen y llaman religión.

«Religión... ¡Qué escarnio!... ¡Es la religión la que predicaban en las iglesias! ¡Es la religión esa que se pliega ó se tuerce, se alza ó se baja, según las diversas exigencias de una sociedad egoísta y tortuosa! ¡Es la religión esa cosa menos escrupulosa, menos justa y menos generosa que ninguna!... No tal: cuando yo busco la religión miro siempre hacia arriba, nunca hacia abajo.»

En este momento mi pluma se detiene, levantando la vista y siento dilatarse mi espíritu, al contemplar esa hermosa montaña bordada de brillantes estrellas con que la Naturaleza, cual si fuera una madre cariñosa, cubre la tierra durante las misteriosas horas de la noche, y entre los pliegues de ese manto sublime creo descubrir nuestro ideal más puro y bello que nunca. ¡Oh!... ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Ideal puro y bueno mil veces; nosotros no le imponemos a nadie; el que la acepta, la acepta voluntariamente, porque en ella encuentra compensación todos sus sentimientos y deseos... Mienten, si, mienten aquellos que aseguran cosas tales, como que Judas era librepensador, que Cain era librepensador, que Cain y Judas fueron católicos, apellidos a la historia; mienten, si, mienten aquellos que dicen que todos los traidores a su patria han sido librepensadores, que todos los hijos desnaturalizados han sido librepensadores, que todas las mujeres sin honor y todos los hombres enemigos de la moral y de la ley son librepensadores; y finalmente, mienten, lo repitiré una y mil veces, los que dicen que el librepensamiento es indigno.

El librepensamiento podrá no ser perfecto, pero indigno no lo es, lo aseguro yo con la evidencia del propio testimonio. A nadie le importará saber, pero a mí me cuesta trabajo callar, que cansada de hipocresías e iniquidades, me dirigí al librepensamiento y, no sólo no se me impuso sino que aun se me habló en contra con el fin de evitarme cualquier disgusto que discordancia de opinión pudiera acarrearle en el hogar; insisto, porque deseaba contribuir con mi granito de arena al levantamiento de esa gran obra que admiro, y por otras razones que hoy calló pero que algún día diré, y entonces se me admitió en sus filas, exigiéndome únicamente que respetara siempre a los que fueran antes que yo. ¡Es algo indigno, amigo mío! Bien ves que no. ¡Cómo, pues, se de creer a esos que pretenden que el librepensamiento es perverso, y cómo he de callar sabiendo que mienten desvergonzadamente... No, no puedo ni debo callar; la cuenta de la gratitud es una cuenta que en mi concepto no se cierra nunca, y esa cuenta está abierta entre el librepensamiento y yo, porque al librepensamiento y nada más que al librepensamiento tengo que agradecer el precioso bálsamo del consuelo y lo poco que pueda valer.

«¡Oh! ¡Librepensamiento!... ¡Catolicismo! ¡Quieres saber, amigo mío la distancia que hay entre uno y otro!... La misma que existe entre la resina y el gas, entre el carruaje y el vapor, entre la poesía y la prosa, entre la edad media y nuestra era. ¡Libertad! Todo luz, alegría y amor. ¡Catolicismo! Todo sombra, tristeza y horror. ¡Librepensamiento! En él, amigo mío, podrá no haber, como ya te he dicho, perfección completa, porque nada hay perfecto en el mundo, pero el hay dignidad, la prueba la tienes en que en él no existen bajezas y mucho menos bajezas estúpidas como las más arriba citadas; y si a esto añadimos que en el catolicismo residen la tiranía y el despotismo, y en el librepensamiento el cariño y la tolerancia, nos explicaremos perfectamente la por qué tanto te amigó mío, como yo, otros muchos sentimientos admiración primero y adoración después hacia ese hermoso ideal en que residen, además de la libertad, igualdad y fraternidad, el bien, la nobleza, la franqueza y la verdad. ESPERANZA PÉREZ.

Notas de estudio

SOBRE LA SANTA BIBLIA

CCIV

Dicho como he, que Ezequiel con su casa en una mano y su cuerda en la otra, determina profética y totalmente las medidas que tenía el abrasado templo, para que pudieran aprovechar las noticias los restauradores futuros del mismo, realmente tengo en sustancia acabados los comentarios posibles a este libro que, como los linajes, al decir de D. Quijote, acaba en punta. Pues entiendo yo que punta, y muy aguda, es una descripción inequívoca, para remate de una obra que comenzó con aquel aparato de nubes fantásticas y maquinarias absurdas que sonó Ezequiel a orillas del río Cedar. Nuevo dato para enviar de paso a toda esa caterva de admiradores cursis de la Santa Biblia, que se llenan la boca, sin haberla leído ni entendido, con esas frasecillas convencionales: es el libro de los libros; el compendio de toda la sabiduría antigua; la más perfecta y acabada obra de moral; un nonum non historicum de inapreciable valor; una fuente viva de belleza literaria, etc., etc.

Aunque si el libro en el es tonto, advertiré que, ni el que le escribió, ni los que le inspiraron tenían pelo de tal. Fundadores, ó restauradores mejor dicho, de una religión que es la única verdadera, nada olvidan, absolutamente nada que puebe la unidad de su origen; nada, repito, ni aun la cocina; porque en los negocios teológicos, como en los de la guerra, tripas llevan corazón, que no corazón tripas.

Véase, en comprobación, cómo el ángel del Señor habla a Ezequiel en el capítulo 46, versículos 21, 22, 23 y 24:

«Y me sacó al otro exterior, y me llevó a traviesa por los cuatro ángulos del patio; y he aquí un zaguanete en el ángulo del patio, un zaguanete en cada ángulo del patio. En los cuatro ángulos del patio zaguanetes dispuestos a lo largo de 40 codos, y a lo ancho de 30: de una misma medida eran los cuatro. Y una pared alrededor que cercaba los cuatro zaguanetes; y había cocinas fabricadas alrededor debajo de los pórticos—y me dijo: «Esta es la casa de las cocinas, en la que los sirvientes de la casa del Señor cocerán las víctimas del pueblo.»

En estas cocinas teológicas, y dentro de las sagradas calderas en que se cocían los carneros, toros, machos de cabrio, etc., estos sirvientes de la casa del Señor, que eran los sacerdotes y sus sacerdotisas, metían unos garfios consagrados con que sacaban

las mejores tajadas para ellos, sus mujeres, hijos é hijas. Al que no vea clarísimamente el espíritu, tanjuno que en estas pasajes inspira a la religión, es que está ciego; y el que no advierte que el alfa y omega de la teología son los estómagos sacerdotales, es que es mismo.

Hostia es una palabra que tomada, no ya en broma, pero siquiera sea con cierta ligereza, pone los pelos erizados y la carne de gallina a los católicos, principalmente a aquellos que constituyen la inmensa mayoría de la secta y son unos solenísimos ignorantes. Para ilustración de estos pobres boñoneros copiaré este par de versículos: «Este dice el Señor: En el mes primero, el primero del mes, tomará un becerro de la vacada sin defecto (debería decir un becerro sin defecto de la vacada); pero lo dejo como lo halló para que se vea lo mal que escribía el P. Soto) y esparrás el Santuario. (Lo que quiere aquí decir es que se hará despiación por el Santuario, no que se ejecute en él ó sobre él esparrame). Y tomará el sacerdote de la sangre de la HOSTIA por el pecado; y pondrá en los postes de la vaca, y en los cuatro ángulos del borde del altar, y en los postes de la puerta del patio interior.»

Luego la Hostia (oid, vosotros, los que os escandalizáis) era un becerro, ó sésse terpero, de esos que, difuntos, se encuentran a docenas en la plaza del Carmen, ó de aquellos otros que, vivos, suelen ser condenados a banderillas de fuego en la plaza de toros, según el texto del santo profeta Ezequiel. El untar con sangre tanto el altar como los maderos, es simplemente una porquería del culto de la religión revelada, que, afortunadamente, han su rindido los que han transformado la Hostia en un poco de pan sin levadura, cosa barata, sosa y simple, si las hay.

La moda, a cuyo imperio nada se sustrae, ni aun las religiones; en viteriana de dad que ha transformado la Hostia Becerro en Hostia Panecillo, siguiendo una dirección contraria a ha convertido los sacerdotes, que un día a los enteros de sus propios padres podían asistir, en una especie de sepultureros sin pala ni azadón.

Dice Ezequiel sobre el caso y la cosa: Y no se acercarán a hombre muerto, para que no sean contaminados...

Estos que no debían ser contaminados con la presencia de los cadáveres son los sacerdotes, cuyos descendientes, por el orden de Melquisedech, convertidos hoy en saltaumbas en busca de respuestas y oculturas, truenan, por conducto de El Mensajero Católico, periódico de la cámara ó camarilla episcopal, contra todas las em presas literarias libadas y por haber, con siderándolas con razón el enemigo directo é implacable de los bolisifios y estómagos clericales.

Conrengamos en que si Moisés resucitara y volviera a escribir el Deuteronomio, que no escribes, no sería tan necio que se olvidara de este filón de explotación clerical que se llaman los respuestas y misas de cuerpo presente. filón de oro y plata acudados en que han convertido los ceras aquella obra de caridad cristiana, titulada: enterrar a los muertos; obra de caridad a que está comenzando a hacer morisquetas la moda futura de quemar los cadáveres.

Otra de las cosas que sacan de juicio a los tonos católicos es oír hablar del matrimonio de los clérigos. Que un cura tenga una, dos, tres amas jóvenes y guapas, y que las remude anualmente, es cosa que a lo mas les inspira una sonrisita picarona; tal cual palabra de leve censura. ¡Debilidades humanitas!, exclaman en los casos más lúgubres y trágicos a que semejantes teje manjeres clericales suelen dar lugar! Pero pasarse los clérigos! eso ¡jamás, jamás, jamás! Un cura casado sería un escándalo viviente.

A esos tantos hipócritas y a los hipócritas amantes que semejantes teorías sostienen y alimentan, conviene advertirles que los sacerdotes protestantes son casados, y que si Lutero y demás reformadores del siglo XVI autorizaron y hasta santificaron el matrimonio de los clérigos, es porque, como yo mismo, y todo aquel que le está de tendido de la Biblia, sabe que Dios, el Altísimo, Jehová, Adonai, ó como quiera llamarse al Padre del Hijo, al que desde allá arriba ha gobernado y gobierna (al decir de teólogos) el tinglado de la creencia, tiene desde ab initio establecido y terminantemente ordenado que sus sacerdotes sean buenos maridos de buenas mujeres, y no barraganes de mozas sin vergüenza ó arrimados de viejas astrosas y peltejudas.

Así lo mandó en el Levítico. Mas, por si acaso, en el transcurso de tantísimos años y de tantísimas picardías, este mandamiento se había olvidado, le dice terminantemente a Ezequiel:

«Y no se desposarán (los sacerdotes) con viuda, ni repudiada, sino con vírgenes del linaje de la casa de Israel; pero podrán desposarse también con viuda, que fuese viuda de otro sacerdote.»

«Lo ois, hipócritas y mentecatos!—Los sacerdotes se casarán con vírgenes. La única excepción es la viuda de otro sacerdote.—¡Lo ois, ciudadanas católicas!—¡Jáun ireis a oír misa de esos sacerdotes que, contra la voluntad de su Dios y la voz de la Naturaleza universal, se privan de las brillantes posiciones de sochantras, vicarías, obispos, canónigos, arcedianas, para reducirlos a la ignominiosa situación de ansas? ¡Ah, pobrellas sotteronas, clamad porque se cumpla el Levítico por los levitas! Quizá alguna de vosotras, si tal se hiciera, viuda de un chantra, se volviera a casar con un arzobispo metropolitano. ¡Ni aun esto os excita al combate, Hijas de María!»

Y no rebuaco más, que es Nochebuena, y en noche tal no se debe abusar de la teología, porque ella en sí misma es el fin y el principio y el medio de todas las teologías imaginables, puesto que en ella nació el Salvador del Mundo, que por cierto anda ahora tan quebrado como al Salvador no hubiese venido; pues aparte Sagast, que ya es una calamidad, y el presu-

puesto del culto y elero, que es calamidad y media, y la monarquía hereditaria, que son dos calamidades, y una Cámara de veranos, que hacen los doceas de calamidades, se nos ha entrado puertas adentro del planeta el dengue, que tiene tosiendo a media humanidad y a la chita callada, y como quien no hace nada, se lleva más gente al cementerio que el solita.

Y eso que vino hace tantos años el Salvador! Si no hubiese venido ¡andaríamos peor!

Resuelva este problema el que quiera y como quiera; a mí me basta saber que salgo de Ezequiel con el trancazo, para acometer con Daniel y sus leones pluma en ristre; pero que en vista de como andan las cosas, debo poner y pongo a esta nota, aquella obra de los carteles de funciones al aire libre:

¡Si el dengue no lo impide!

EDUARDO DE RIOFRANCO.

Desde Nicaragua

Granada, noviembre 15 de 1889.

Sr. D. Ramón Chles:

Distinguido señor: Hace tiempo que he deseado manifestar a usted el entusiasmo que se apodera de mi alma siempre que leo LAS DOMINICALES DEL LIBRE PENSAMIENTO. Hijo como soy de una de las Repúblicas de Centro América, me he convencido de que, siendo joven y apasionado de los grandes ideales, no podía pasar más tiempo en silencio sin manifestar a ustedes mi adhesión al librepensamiento, ya que en nuestras Repúblicas casi no hay asociaciones de esa naturaleza, y si las hay, unas son fundadas por extranjeros y otras permanecen muy secretas, y para ingresar en ellas se necesita vencer muchísimas dificultades, pero esto es debido casi al carácter fanático del pueblo; aun con todo eso, nuestras continuas luchas contra el clero y el fanatismo no nos desalientan, antes bien, con más fervor nos dedicamos a defender la noble causa del librepensamiento; y estando vivamente penetrado de la verdad de sus doctrinas, me es grato enviarle mi pública adhesión al librepensamiento, y siempre estaré dispuesto a defenderlo, aun a riesgo de mi vida, si las circunstancias lo exigieren.

Profunda sensación me causa también que, habiendo en esta ciudad jóvenes muy amantes del librepensamiento, no tengan periódicos como LAS DOMINICALES, donde puedan instruirse almas con los sólidos principios de igualdad, Progreso y Fraternidad. Hasta hoy no he sabido que haya en Nicaragua ningún agente de dicho periódico, y sería un buen partido tenerlo, para ustedes y para nosotros; para ustedes, porque aumentaría más popularidad de la que tiene un periódico; para nosotros, porque saldremos del negro abismo en que estamos envueltos. Podían ustedes muy bien tener dos ó más Agencias en esta República, una en esta ciudad, otra en Masaya y la otra en León ó Chinandega.

Por mi parte quisiera mandarles desde ahora muchos datos concernientes a la situación actual de Nicaragua en materias religiosas, pues podía notificarles algo y mucho de una cuestión célebre que tuvo en días pasados el obispo con D. Carlos Selva, ilustre redactor de El Diario, periódico librepensador que se imprime en esta ciudad, y mandarles otras buenas noticias como las que su ilustrado periódico publica; pero considero que esta es la primera carta que le envío (aun redactada y mal escrita), además no sé también si ustedes tendrían a bien recibir noticias de un joven que no conoce, pero que acompañado de toda mi sinceridad les enviaría preciosos datos de los progresos hechos por el librepensamiento en la juventud que se levanta. Si, Sr. Chles, no desmaye, considero que emezamos a ver la luz, pero es apenas una luz débil, y nosotros tenemos necesidad de la luz clara, del medio día, para no tropezar en el error. ¡Y esa luz, quien pretende darnosla! Sólo las sublimes doctrinas del ilustrado periódico LAS DOMINICALES.

Así es que felicitándolo por tan honrosa y tan noble causa que defiende, y que usted, accediendo a nuestros deseos, hará cuanto pueda y esté a su alcance, me es grato firmarme su seguro servidor.

JOSÉ D. NAVARRO.

LUZ Y SOMBRA

De algún tiempo acá se han despertado vivas simpatías en todos los círculos de París hacia la personalidad del jefe de la Revolución española. Su presencia en lo: banquetes y en las reuniones a que se le invita, provoca calorosas manifestaciones de entusiasmo. Es que el triunfo de la Revolución en el Brasil no deja duda a los espíritus previsores sobre la luminosidad del triunfo de la República en España.

En la fiesta celebrada con motivo de la boda de una hija de la princesa Ratazi, el embajador español, Sr. León y Castillo, se retiró ante la presencia de Ruiz Zorrilla. Hizo perfectamente, y así sucederá con lo que aquí funcionario representa. El deber y el instinto de las instituciones imperantes, es retirarse, dejar el paso libre a la España revolucionaria.

Han dicho esos clérigos barceloneses que siguen al Churriguera del catolicismo presente, que «ser liberal es mayor pecado que ser blasfemo, adúltero y homicida».

Ahora, el obispo de Santander llama liberales a los clérigos que se encuentran en el caso de aquellos, demostrándolo con pruebas irrecusables. ¿Qué seran, pues, los tales? A nadie extrañaría que la fe se pierda en los corazones españoles, viendo la pintura que de sí mismos hacen los pastores de la Iglesia.

Se sabe que en la Asamblea de la Prensa figuraban numerosos periodistas federales que aceptaron, como los demás, las bases de coalición, creyendo que con ello contribuían al triunfo inmediato de la República. Ahora les ha dicho el Sr. D. Francisco Pi: «Una coalición, ó no es nada, ó es una tregua a la lucha de los partidos que la forman. A treguas largas no se resignan jamás los hombres que, como los federales, ven en su sistema la verdadera garantía de la libertad y el derecho y la única salvación de la patria.» Sin embargo, los aludidos periodistas «se habían resignado a esas treguas.

Y ello no es extraño, porque no hacían sino seguir las enseñanzas del Sr. Pi, que se había resignado antes pactando con los progresistas aquella coalición, por virtud de la cual permanecerían coligados ambos partidos no sólo antes del triunfo sino después del triunfo, hasta que el país resolviese reunido en Asa ablea constituyente.

El Sr. Pi había suscripto «una tregua larga», tan larga al menos como la que ahora combina, y sin embargo, escribe muy resucitara nte que jamás se resigna un federal a hacer lo que el país entero le ha visto hacer.

En parecidos sofismas funda el Sr. Pi su acuerdo para prohibir a sus correligionarios que hagan o que con tanta exponencia y excelente deseo se habían prestado a hacer. Porque no hay que olvidar que la iniciativa para llegar a la coalición de la Prensa había partido de los periódicos federales; que La República, órgano especial de estos trabajos, lo era también del Consejo federal, y que el Sr. Pi no hizo manifestación alguna que se opusiera a ello. Por eso, al escribir como acaba de hacerlo; «Afánase ahora por la coalición los que ayer la miraban con tibieza», no se sabe lo que quiere decir. Porque los que se han afanado por la coalición, han sido los periódicos federales y ha sido el Consejo federal, que obligó al Sr. Pi a hacer un viaje a París para pactar con Ruiz Zorrilla.

Es, sin duda, evidente para todos los que siguen atentos la marcha de la política, que el partido federal ansiaba la coalición y que, al aceptarla unánimemente, los periódicos federales no habían sino responder a esa unanimidad de espíritu. El Sr. Pi y Margall, al manifestarse opuesto a las aspiraciones unánimes de su partido, primero con su silencio, de pades con sus firmas, ha evidenciado una vez su poco respeto a los principios que pretende representar. Después de haberse man fastado de un modo tan evidente la voluntad autónoma de tanto periódico de provincias favorable a la coalición de la Prensa, no hace caso de e voto, salta sobre él é impone una opinión diametralmente opuesta. El hombre que combate la centralización, da un decreto desde el centro para imponer su voluntad a las provincias. En el mismo documento en que llama «barbaras» la sujeción de los Ayuntamientos a los gobernadores de provincia, sujetos a su criterio a todos los comités federales de España; allí donde fatinina contra un régimen que mata las iniciativas personales y las somete a «la corrupción central que todo lo inficiona y pudre», da un golpe de muerte a las iniciativas de su partido, y lleva a tal extremo su estupor de la autonomía personal, que muchos periódicos de su comunidad se han visto obligados a desobedecerle para poder mantener incólumes sus votos y sus compromisos pactados.

Que hombres de esta suerte, que en tan poco tienen en la práctica los más elementales principios democráticos, y son tan ganosos de imponer su criterio y su autoridad, quieran mostrarse como republicanos perfectos, cuando cualquier republicano español sería más respetuoso de la opinión y de la autonomía de sus correligionarios; que, sobre todo, alegue su respeto inmaculado a los principios para mantener la discordia en el campo republicano, cosa es que no puede presenciarse sin profundo duelo, ya que no sin exaltada indignación.

Los que no nos curamos de palabras, y hemos visto en la República Argentina ejercer la más española tiranta al célebre Rosas, jefe del partido federal, sabemos bien la posibilidad de que subsistan las tradiciones más flagrantes entre los programas y los hechos, y que sea factible que los que más amor aparentan hacia la democracia, trabajen, sin pensarlo quizá y sin quererlo, por su ruina.

Conste que dejamos a salvo las intenciones del Sr. Pi, que son sin duda honorables, como lo es toda su persona; pero así como el año 73 arrojó la libertad y se dejó arrebatar el poder, su saberlo, ahora contribuye de igual suerte a la pérdida de la República, sin saberlo.

Los jardineros de Madrid, que acaban de reunirse en sociedad en la calle de Jorge Juan, se proponen crear una escuela teórico-práctica de jardinería. Digno de aplauso y loa es el proyecto de unos hombres dedicados al hermoso arte de hacer agradables y sanas poblaciones.

Habiendo del clérigo recientemente asesinado en la República Argentina, dice un periódico de allá: «A los chacareros de los alrededores del hospital los trata medio loco. En los sermones de los domingos los insultaba y denigraba. Presentaron una protesta escrita los vecinos propietarios al arzobispo solicitando la remoción de Motter por ser ya insuportables. El arzobispo no hizo caso. Motter triunfante se volvió más irascible é inaguantable.»

La autoridad eclesiástica procede lo mismo en el Nuevo que en el Viejo mundo. Se sabe que el obispo de ese clérigo Boule que acaba de ser juzgado y condenado en Francia, hacía el mismo caso de las reclamaciones de los feligreses de este monasterio, que el arzobispo de Buenos Aires de las que le elevaban los vecinos de la feligresía de Motter.

La absoluta ineficacia de las autoridades eclesiásticas para moralizar y disciplinar la sociedad, se está viendo por todas partes. Si no hubiera jueces y gobernantes que obligaran a los hombres a marchar por la vía recta, no habría sosiego público. Se ha visto en estos dos ejemplos que los preladados han servido más para alentar a los culpables que para reprimirlos. ¡Cuántos otros no habrá así!

Los redentoristas se habían presentado en Dhoru-Schlich Merod; (Prusia) convocando a una «misión». En Duren habían desembarcado los jesuitas anunciando que darían conferencias sobre ciencia popular, desgraciadas especialmente a los dependientes de comercio. Pero en Alemania como en España los jesuitas no tienen existencia legal. Sólo que en Alemania las leyes son una verdad, y en

cuanto las autoridades han tenido conocimiento del asunto, han expulsado a los citados padres.

Los corruptores de la conciencia, no tienen pan ni sal en Alemania.

Aquí donde se copia acrylamente el caso prusiano, bien debían tomarse estas lecciones; porque no es con el caso con el que han vencido los alemanes en la última guerra, sino con la instrucción del pueblo, en la cual se ha proscrito de há largo tiempo por inmoral y venenosa la participación de los jesuitas y de las congregaciones congéjeras.

Mientras los pobres maestros españoles se disponen a cerrar las puertas de sus escuelas al comenzar el año próximo, poniendo en sus pórticos «Aquí no hay esperanzas, la República de los Estados Unidos hace caer sus prodigiosas para extender y ampliar la enseñanza».

Un ejército tres veces más grande que el español puede formarse con el personal del magisterio de aquella República. Es verdad que ese ejército está compuesto en general de mujeres, por el sexo que corresponde a nuestros primeros pasos en la vida y nos inspira sentimientos de ternura y de paz. De 340.000 personas que allí se dedican al magisterio, las tres cuartas partes son mujeres.

La monarquía española no puede pagar cuatro ó seis millones de reales a los maestros; la República norteamericana los paga anualmente doscientos treinta millones de reales.

Es verdad que la monarquía da a la causa real cuarenta millones de reales, y el Norte América no da al presidente sino un millón.

El que gobierna mal necesita derrochar mucho y enseñar poco.

El que gobierna bien derrocha poco y enseña mucho.

El señor obispo de Santander ha publicado un documento, en el cual encontramos muy sabrosas enseñanzas tanto para los que pretenden asumir las ideas puramente católicas, cuanto para la sociedad en general.

Dicho señor obispo hace notar que los sectarios católicos que más mal dicen del liberalismo, no son sino una de tantas confesiones liberales de nuestro tiempo que llevan su independencia intelectual a punto de burlarse de la autoridad de los obispos y aun del Papa mismo.

He aquí cómo se expresa el señor obispo: «De la funesta raíz del liberalismo brota otra rama viciada que produce muy dañosos frutos, frutos en apariencia hermosos, pero que en la sustancia se hallan indicios de la savia ó del error liberal. Este error consiste en proclamar abiertamente la integridad de la doctrina católica y la necesaria adhesión a la Iglesia de Jesucristo, mientras a la práctica se aplica el reprobado principio de la independencia de la razón. Error que mancha, si no al entendimiento, el corazón y las obras de muchos que, gloriosamente, como se debió, se hijos de la Iglesia, mal avenida sin duda con la posición que en ella ocupan, y olvidados de la par del deber que a todos los fieles incumbe, conforme al derecho natural, divino y canónico, de honrar la autoridad de los obispos y obedecer sus prescripciones, se erigen en magistrados y jueces de sus mismos errores, criticando y juzgando los actos de su jurisdicción episcopal, tergiversando ó mutilando sus palabras, falseando tal vez sus conceptos y hasta censurando los decretos ó documentos publicados para instrucción y gobierno de los fieles confiados a su solicitud. Y se hallan algunos, entre los empujados de este error, para los cuales no quedan á salvo ni aun la persona y los actos del soberano Pontífice.

«Y en verdad, los católicos que incurran en semejante error, con su ejemplo alienan, quizá sin advertirlo, y abren camino a las hazasas francamente liberales; pues si ellos, aunque sean sacerdotes por otra parte respetables, creen lícito juzgar y calificar a sus propios preladados, que extraño sería que otro clérigo, y hasta un sejar cualquiera, se crayan facultados para censurar y desautorizar las predicaciones de su párroco, y los gobernantes se atreviesen a fiscalizar los actos ó documentos pastorales, y á trazar fines de conducta á los actos para el ejercicio de su misión divina, sometiendo á los tribunales cuando de ella se apartasen».

Estas verdades no tienen réplica.

Digan lo que quieran los integristas, lo evidente es que son dentro del catolicismo una suerte de luteranos protestantes, ya que, proclamando su derecho á interpretar la doctrina católica (como aquellos de la del Evangelio) por encima de las autoridades católicas que la misma Iglesia sostiene.

En el fondo, los integristas españoles son también anarquistas en la esfera de las ideas y aun de los hechos. Se sabe que han proclamado su independencia respecto á la autoridad política y que antes estaban sometidos destruyendo á S. Carlos, están ahora haciendo frente de su independencia religiosa respecto al papado.

«Que prueba, todo esto que la independencia de la razón humana ha invadido de tal suerte los espíritus, que aun sus más encarnizados adversarios la proclaman de hecho, que la emancipación de la conciencia es una conquista de los siglos, tan universal, que los que más la han combatido se apoderan de ella y la hacen un arma de combate para sus pasiones.

Tiene razón el obispo de Santander: esos titulados integristas son sectarios del liberalismo; pero del liberalismo malo, del que no respeta autoridad, justicia ni honor; del que aprovecha los derechos conquistados por los buenos liberales, para insultar, ultrajar y llevar la guerra al seno de la sociedad.

El señor ministro de la Guerra se ha servido hacer un buen regalo de Pascuas. ¿A quién? á un veterano heroico, ni á la viuda de un valiente soldado muerto en el campo del honor; ha sido á los jesuitas de Zaragoza.

El señor ministro, fundado en no se sabe qué derecho, ha tenido á bien donar á los estudios jesuitas parte del terreno que ocupa el lavadero y aparcador del Hospital Militar zaragozano.

«Que diferencia de lugares y tiempos! Antaño, la monarquía española expulsaba a los jesuitas como rebeldes, impuros y perversos. Hoy mismo, otro monarca, el de

Alemania, los arroja de su territorio por los mismos motivos. Y ¡qué coincidencial! aquel monarca español es el que goza de más fama entre todos, y este de hoy es el que gobierna la primer potencia militar de Europa.

«No acusa esto que hay cierta incompatibilidad entre un Estado regido virilmente por hombres que se preocupan de la gloria y el poderío de su patria, y los jesuitas?»

«A qué tristes consideraciones no se prestará el ver á los hombres de guerra españoles ocupados en regalar y obsequiar á los eternos enemigos de la prosperidad de los Estados?»

Debemos advertir que ha sido vertiginosa la actividad de las autoridades militares de todo género, de Zaragoza, para que el regalo se hiciera antes de Navidad.

Verdaderamente, el declinamiento de nuestro país reviste caracteres gravísimos y debe inspirar serios temores á todo espíritu reflexivo.

Un misionero ha dicho en la Iglesia de Sans, que el director de La Trasmontana, de Barcelona, el de El Matín y el de Las Dominicales, no tenían vergüenza, educación, decencia, etc.

Cuando cual da lo que tiene: el que tiene odio viente odio; el que tiene veneno da veneno. Si los seños hablaban, no tratarían mejor á los hombres que el predicador de Sans á los librepensadores.

Pero convengamos en que es repulsivo andar entre sapos, y que va haciendo falta hacer una limpia en esta sociedad infestada.

Cuando en Madrid hay más de sesenta mil enfermos, y muere más del doble de gente que de ordinario, el Sr. Sagasta, á Cortes cerradas, se ocupa en remendar su Ministerio.

Cualquiera que él sea, habrá que llamarle el Ministerio de la desolación.

Ante el Seminario de Tarragona

Allá á lo lejos, en el brumoso horizonte, se percibe, al alborar de la mañana, una masa informe que, cuantas de ébore cubierta la contemplamos, saludamos henchidos de emoción y de alegría porque es la tierra venturosa término feliz de nuestro viaje. ¡Es la inmortal é histórica Tarragona!

Nuestra veterana nave boga con rapidez sobre las cristalinas aguas, en dirección á la tierra, y la informe masa se divide cada vez más cercana, viéndose por fin clara y distintamente las caducifolias curvas de sus montañas, y las blancas casas de la población. Por fin, el buque moderno, con majestuosa lentitud, dejó caer el ancla, que lo apasionó con férreo lazo, quedando sin movimiento alguno.

Una pequeña embarcación me condujo á tierra, y ya en el muelle, me interné en la población que siempre admiré y ansiaba visitar; pues solo la conocía por los heroicos hechos con que nuestra patria historia la inmortaliza y ennoblecía.

Camisaba el azar, en muda y estática contemplación, admirando cuanto á mi paso hallaba; rememoté mi pensamiento á las lánjanas épocas de nuestras gloriosas ejupujas. Su saber cómo me vi frente de las antiguas y cuncoy murallas, transportándose mi espíritu á aquellas edades guerreras que con heroicos esfuerzos las levantaron.

Admirando aquellas ruinas gloriosas que la mano del tiempo desmoronó, oí á mi mente toda un mundo de hechos gloriosos que pasaron, y cual si aquellos muros pudieran escuchar mi voz, les dije con estenuado acento, ¡qué de heroísmos sin cuento habreis presenciado, ruinas murallas! ¡Cuánta sangre generosa de esforzados campeones os ha traído salpicado al perder la vida defendiendo su ciudad querida! Si posible fuera que tomarais forma animada, ¡cuántas historias, ora luctuosas, de lágrimas y sangre, ora de amores y de aventuras sin cuento, referiríais con minuciosos detalles y bello colorido á la edad presente, que os admira, queriendo descifrar con inauditos esfuerzos las mas culminantes escenas que en vuestro alrededor se han desarrollado!

«Sin darme de ello cuenta, tomé asiento sobre una piedra que frente á los agrietados muros se hallaba; apoyé mi ardorosa frente en ambas manos, y en esta actitud permanecí largo rato, evocando épocas y generaciones que yacen olvidadas en el polvo. Y de recuerdo en recuerdo, y de admiración en admiración, llegó un instante en que turbado mi cerebro y alucinados mis ojos, me creí transportado á la remota era romana. Por magico encanto surgió ante mi magnífica carroza, de reginada voluptuosidad iba la sensual matrona de esculturales formas, coronada de mirras y de rosas, destalbrante de belleza que más hacia regular la brillantez de las mil piedras preciosas de su aurea vestidura; y á su lado, bebiendo los magnos destellos de sus radiantes pupilas, vi al libidinoso y despoico senador; multitud de esclavos los seguían, y en confuso tropel se dirigían todos al circo donde los altivos gladiadores se apostaban á la lucha para divertir á un pueblo salvaje con las últimas contorsiones de su ego ía.

«Todo un mundo de ideas se agitaban en mi cerebro recordando aquellas edades que pasaron, con sus matronas, sus despoicos senadores, y sus guerreros que dominaron el mundo. Tiempos de fanatismos y concupisencias, de heroísmos y de maldades, de sibiritismo y de pueras, de lumbelas y errores, de supersticiones y absurdos.

«De esta estúpida estivo que predominaba en mi alma, vino á sacarme el monótono sonido de una campana. Volví á la realidad de la vida, acic los ojos y vi algo distante de mí un grandioso edificio, hacia el cual dirigí mis pasos; y ya ante él, lo contemplaba una y otra vez, admirando su bella arquitectura, sus elegantes capiteles, los frisos de sus cornisas, lo admirable de sus contornos y las dignas series de ventanas que hay en su frente. El silencio de las tumbas lo rodeaba, y un sol espléndido lo bañaba con sus fulgurantes resplandores. Ante edificio tan colosal y severo, lo primero que formuló el pensamiento, y casi lo di por cierto, fué el que aquel arquitectónico edificio sería quizas un asilo benéfico, fundado por la filantropía de los nobles hijos tarraconenses, donde encontraría abrigo para sus miembros acriados de frío y aliento que calma el hambre que lo devora, el deaventurado mendigo. Luego pensé que fuera un hospital, donde el desvalido que se halla solo, y abandonado en el resacaio mar del borrascoso mundo, encontraba allí el bálsamo consolador que mitigaba sus acerbos dolores; y por último, creí que era un centro de instrucción, donde el obrero, el noble hijo del trabajo, hallaría el vivificador estímulo de la inteligencia y la razón.

De todas estas dudas que me asaltaron vino á sacarme de crepita anciana que por allí acortó á pasar y á quien yo interrogara, diciéndome que era el Seminario. Entonces me miró con horror, queriendo penetrar con mi escrutadora mirada á través de aquellas sombrías paredes, para contemplar las mil interesantes y repulsivas escenas que en aquel antro tienen lugar á toda hora.

«En esa caverna tenebrosa, dije para mí, es donde anidan los buitres que tienen sumida á España en la mayor de las ignominias; de ese antro salen los que con el escapulario sobre el pecho y las fratricidas armas en el cinto, engrosan las filas carlistas para asesinar á sus hermanos, regando el suelo de la patria de sangre generosa; dentro de ese edificio habitan los solapados hipócritas que pregonan virtudes que tienen anulado con dominar el mundo, anulando la razón y la conciencia, lo más grande y sublime que Dios concedió al hombre para que guiara sus pasos por el escabroso sendero de la vida y pesara las acciones en su fiel balanza; en ese semi-palacio que se alza majestuoso desafiando á la edad presente, se cobijan los fanáticos sucesores de aquellos que ultrajaron las canas de Galileo haciéndole mentir, los verdugos de Servet y Giordano Bruno, los seides del fanatismo que tantas víctimas inocentes llevaron á la hoguera en su afán de dominación. Tras esos muros de piedra, moran los irreconciliables enemigos de todo adelanto, de todo progreso, de toda libertad, de toda ciencia, que anatematizan por herética é impla, porque pone de relieve ante el mundo civilizado su hipocresía y su maldad.

«Y á esos fatídicos seres de negra conciencia, como la tenebrosa noche, que no tienen afecciones porque las mataron en germen, ni una fibra sensible que vibre en su ama petrificada, son á quienes por un deplorable fanatismo está encomendada la educación de esa inexperta juventud, tierna, dulce y candorosa que llena sus aulas, que necesita de más luz y más espacio para remontar su vuelo, que los que le presta la estrechez del Seminario. Juventud que modelan á su antojo, atrofiando en ella todas las facultades nobles y generosas que palpitan en su alma candorosa, suplantándolas por el vil disimulo y la ruin hipocresía, fomentando el odio á la humanidad y á todo lo que hay de más grande y elevado, autulando por completo la razón, dando pasto al entendimiento sólo con sofismas, envueltos con el enigma y el misterio.

Aparté mis ojos de tanta miseria, de tanto ceno, me ajeé de aquel lugar maloliente mil veces, y entonces, sólo entonces, vi las densas y tenebrosas nubes de la superstición y fanatismo que envuelven á la heroica ciudad de Tarragona, digna de mejor suerte, ciudad que yo oraía ya redimida del ominoso yugo teocrático por las salutíferas auras de la libertad y el progreso, y que por desgracia aun gime oprimida y avergonzada, sujeta entre las duras cadenas de los clericales, que por sus duras pululan sin cesar ufanos y orgullosos de su poderío.

Entre tantas oscuridades y neguras como nos circundan, dónde volver los apenados ojos! Dónde vislumbrar un tenue rayo de luz que ilumine el camino! Dónde... Solo en la sociedad La Ilustración Obrera, útil y rutilante faro que lanza mágicos destellos en medio de tanta negrura. Asociación fundada por bravos y esforzados campeones de la civilización y el progreso; siendo combatida desde sus albores con esfuerzos titánicos por los crueles enemigos de toda luz, sin que hayan podido destruirlo, porque vive defendida por el espíritu de la época y la conciencia de la moderna cultura social.

Solo tan digna y elevada asociación es allí el refugio de atribulados espíritus, que ansían beber á torrentes la luz que de su interior irrada para iluminar sus antebredidas inteligencias, pues la Mas... arrastra en la desventurada ciudad de Tarragona una vida lánguida, agobiada bajo el peso de la influencia teocrática.

Más ó menos tarde, el aquilón revolucionario soplará con furia, disipando las densas nieblas de la superstición y la ignorancia que sobre él se elevan ¡oh! infortunada ciudad, derrocando también con un violento empuje ese edificio tético y sombrío, semillero de odios, de hipocresía é ignorancia, para que el discurrir sobre sus ruinas, diga el amoroso padre al tierno infante: Eso fué un Seminario.

«Vinaroz diciembre 1889.

GARCILABO.

Desde Lugo

23 de diciembre de 1889.

Sr. Director de LAS DOMINICALES

Querido correligionario: El Ciudadano, semanario modesto, porque yo le fundé, digno, y en parte redactó, pero notable en cuanto se dignaron colaborar en él, respondiendo galantemente á mi invitación, verdaderas eminencias literarias, alguna de renombre universal, ha sido, como usted sabe, excomulgado. Mejor dicho, el obispo de Lugo ha prohibido, bajo pena de excomunió mayor, rasgada de un modo especial al Padre Santo, su lectura y retención, así como el repartirlo y cooperar á publicarlo. A El Ciudadano no podía lanzarle ese anatema: por él se aparta de la comunión de los católicos al que falta á algún artículo de su dogma y de su fe; y si, hace tiempo que la razón me emancipó del yugo de la Iglesia romana y de todas las demás positivas.

Grande, entre las personas sensatas é ilustradas, ha sido el escándalo que tal censura produjo en Lugo. Porque el Código fundamental del Estado tolera toda clase de creencias religiosas, y debiera, por lo tanto, reconocerse el derecho de sustentarias. La monarquía restaurada, que borró parte de las conquistas de la Revolución de 1808, no ha podido menos de consagrar cierto respeto al librepensamiento. Al amparo, pues, de la ley apareció El Ciudadano. Y El Ciudadano no ha cometido la menor falta punible, puesto que nada le objetaron las celosas autoridades gubernativa y judicial.

«Para la inmensa mayoría de las gentes feás, sin embargo, desde que en los templos se leyó y comentó por los curas el decreto del prelado, el mayor de los crímenes la publicación de mi periódico. Es que la ciudad del Sacramento brilla por la levítica. Sus iglesias, á cuyas alfaires están candeleros de insignificante valor sujetos por cadenas de hierro, se ven diariamente concurrir, mas; en cambio los pobres carecen aquí de un mediano hospital, lo que no impide se empleen miles y miles de duros en levantar á inmediaciones de la cárcel y del cementario—¡buen sitio!—un sanatorio, para cuya erección las corporaciones populares contribuyen con 7,500 pesetas, olvidando de cortar la emigración que determinan el hambre y la miseria.

«En Lugo se consideran y respetan el jurisdiccional que oya misa cada día y se golpea el pecho, por más que cobra 300 pesetas por dictar la solicitud de un testamento que no necesita, ni mucho menos, su firma; á representantes populares, que en la vía pública besan humilde y devotamente, de rodi-

llas, el anillo pastoral, después de solazarse con la lectura de pornográfica novela; al médico que, para cobrar más copiosos honorarios, prolonga á propósito la cura de su cliente, pero que asista con puntualidad y místico aspecto á los ejercicios piadosos, y practica y cumple ostentosamente los preceptos de la Santa Madre Iglesia. Esta ciudad sostiene en su seno numerosas casas de prostitución, que darán á la generación venidera una juventud decrepita y podrida; no oye los lamentos de la mujer, cuyo esposo pierde en el juego lo que ella y su prole precisan para el sustento; en sus calles se tropieza á cada paso con hombres negros, á quienes otorga y concede gustosa lo que niega, ó por lo menos regatea, al verdadero menesteroso y desvalido.

A pesar de este medio ambiente asfixiante, creí que podía vivir El Ciudadano que no ofendía á clase ni persona alguna. Yo había que Lugo, en la antigüedad, había luchado contra los obispos que querían ser, y lo fueron, merced á las complacencias y debilidades de los reyes, sus señores, y el pueblo que con estos pleitea en un pueblo libre. Yo pensaba que no en vano han pasado cien años desde que Francia, la nación grande entre las grandes, consignó en un Código inmortales los derechos del hombre; sucesos que fijaba en que vivimos en el siglo del vapor, de la electricidad y de Victor Hugo.

Tanto haz de resplandores no llegó desgraciadamente á la ciudad del Miño. En ella, por lo general, hay falta de independencia, se rinde culto á las conveniencias sociales y domina por completo el fanatismo religioso. Tres de los cinco impresores de Lugo (á los otros dos no acudi, porque sería inútil) se negaron á imprimir el periódico, con gran sentimiento suyo por cierto, pero fundados en que el clero les suelta por hombre, es decir, que no rechazaron, como arrogantemente afirma en su pastoral el obispo, el miserable (1) dinaro que se les ofrecía. Gran número de liberales se dio de baja en las listas de suscripción, con fútiles pretextos.

La mujer, que no recibió de la Iglesia sino humillaciones y desprecios, como que San Juan Crisóstomo la calificó de cosa nociva y dañina, San Gregorio dijo que tiene más malicia que un mundo y San Bernardo que es Argano del demonio, repite ciegamente contra El Ciudadano, que la enaltece, las maldiciones eclesiásticas. Desgraciados hay que rebajan su dignidad de hombres abofetando á la infeliz esposa que se lamenta de las infidelidades que á espaldas de ella cometen, y que, en cambio, obedecen humildes á esa mujer que, porque no saben educarla, les impide leer El Ciudadano. Últimamente hasta aquí encontrar quien lo repartiese. A unos se lo prohibían sus familias, á otros los compraban con el miserable dinero, á aquellos les pegaban en la cara borboras estudiantas, á éstos los seguían, como la sombra al cuerpo, dos ratas de sacerstia que iban apuntando los nombres de los que recibían el semanario, ¡dónde está un hombre—preguntaba Diócesis—. ¡Dónde habrá repartido usted—me decía yo—.

«Podía, no obstante, continuar El Ciudadano, que contaba apoyo suficiente. No fué esta la peor guerra que se le hizo. La más grave ha sido el estúpido silencio con que fueron recibidos por la prensa clerical de la localidad los tres últimos números, silencio que contrasta notablemente con los artículos, correspondencias, sueltos, decretos, sermones, comentarios, etc., que á combatir el primero se consagraron. En vano El Eco de Galicia ofreciera contender en el periódico, el folleto y el libro, con el distinguido redactor de El Ciudadano Sr. Mosquera Lequerica. Vieron los ultramontanos que la discusión les perjudicaría, porque con ella se abrirían muchos ojos á la luz, y optaron por emudecer.

«Por otra parte, lo penoso de imprimirlo fuera de la capital hizo que se suspendiese la publicación del semanario.

«Pero no se consideren vencedores el prelado luguense y sus secuaces. Ni él, ni todos los obispos del mundo, ni el mismo Papa tienen, ni tendrán jamás razones para mofarse las creencias de la redacción de El Ciudadano. Además, en cambio de este, ¡indudará á Lugo y su provincia de Dominicales DEL LIBRE PENSAMIENTO, el periódico de los periódicos, que es el terror de toda intolerancia y de toda injusticia.

Cumpla así un deber de conciencia. Y creo también cumplir otro enviando el testimonio de mi gratitud más profunda á las citadas DOMINICALES á El Resumen y El Motín, de Madrid; El Telegrama, de la Coruña; El Once de Febrero, del Ferrol; el Album Literario, de Orense; La Verdad, de Oviedo; La Justicia, de Pontevedra, y á los demás periódicos correctos que en esta ocasión, cual en todas las que desbarra el feroz clericalismo, salieron á defender con honrosa valentía los fueros de la verdad.

De usted afectísimo compañero y amigo.

MANUEL CASTRO LÓPEZ.

La coalición republicana

«Meeting» de Alicante

En la noche del 21 se celebró en el Teatro-Circo de Alicante una numerosa y entusiasta reunión de republicanos de todos los matices, dispuestos á realizar prácticamente el proyecto de coalición republicana propuesto por el Comité de la Prensa.

Presidió el imponente acto D. Juan A. Rodríguez, pronunciando un discurso viril y entusiasta nuestro querido compañero y amigo D. Rafael Sevilla, director de La Unión Democrática. A continuación nuestro estimado correligionario D. José Aguilera y Montoya, catedrático de aquel Instituto, pronunció un elocvente discurso, haciendo la apología de la coalición. Se leyeron después dos cartas: una de D. José Ausó, jefe del positivismo de Alicante, excusando por motivo de salud su asistencia al acto; otra del consecuente exdiputado de Pego, D. Camilo Pérez Pastor, manifestando sus ardientes simpatías por la coalición. Finalmente se leyó, entre otros entusiastas aplausos, otra carta del ilustre Ruiz Zorrilla, aludando las patrióticas esperanzas de los republicanos coalicionistas.

Otro republicano de alta representación por su consecuencia, el Sr. Santa María, nuestro muy querido amigo, habló para excitar á los liberales á la coalición. Su discurso, nacido de un corazón entusiasta, fué acogido con grandes aplausos.

Precediéndose asiguada á la elección del Comité de la coalición, resultaron para el designación de todas las fracciones republicanas: D. Cristóbal Pérez, D. Jaime Fuster, D. Rafael Sevilla, D. Juan Mas Pacheco, D. José Aguilera Montoya, D. Juan Cabot, D. Juan

(1) No lo es tanto cuando sin él no habría templos, ni suntuosas procesiones, ni sandalias costosísimas, ni se abrirían suscripciones para hacer seminarios, ni se serberían ricos manjares. ¡No es verdad, humilde Padre Gregorio!

Carratalá, D. Tomás Carratalá, D. José Alarcón, D. Antonio García Moll, D. Vicente Talafá, D. Baldomero Castelló, D. José Gómez Pérez, D. Vicente Parra Ibañez.—Dibulgado para el Comité provincial, D. Román Bono Guarnar.

Jen 2 de diciembre de 1889.

Sr. Director de LAS DOMINICALES.

Distinguido correligionario: Desde el original atentado de Sagunto, la división más lamentable y un ensayamiento suicida habíase apoderado del ánimo de la inmensa mayoría del numeroso partido republicano de esta capital, hasta el punto de pensar que no existía, aquí donde tantas batallas libradas, batallas que siempre se traducían en magníficas victorias, cuando acudía unido y compacto á luchar en los comicios contra todos los monárquicos coligados.

«En este estado hemos dejado pasar los 15 años mortales que, para vergüenza nuestra, llevamos de restauración, salvo alguna que otra fuga señal de vida, pero ardiendo en deseos de concordia, como lo prueba el hecho de que, en 1885, Ján fué la primera provincia que llevó á la práctica la Coalición, antes que la pactaran los Sres. Salazar y Pi y Margall, cuando la Asamblea de la prensa primero y el último Manifiesto de la Junta Directiva de la misma después han venido á despertarnos del sueño letárgico en que al parecer nos hallábamos sumidos.

«En efecto, debido á la iniciativa de algunos caracterizados republicanos de las cuatro fracciones, posibilista, progresista, orgánica y pactista, varias reuniones han tenido lugar preparatorias de la magna y pública que dentro del presente mes ha de verificarse para la elección del Comité municipal de la Coalición, y representantes para el provincial, en la forma y por los procedimientos que aconsejan las sabias y democráticas reglas dadas para este objeto, por la citada Junta Directiva, organizadora de la Coalición general.

Dicho Comité se compondrá de cuatro individuos de cada fracción, y los cuatro representantes en el provincial serán también uno de cada matiz.

«En resumen, la Coalición republicana puede decirse que es un hecho en Ján, y está satisfactoriamente asegurada no tiene verdaderamente contentos á los que de veras amamos la dignidad de la patria y esperamos su regeneración y grandeza del estancamiento y consolidación del régimen republicano, á cuya grandiosa obra hemos consagrado nuestra existencia.

«La entrada en la Coalición del partido posibilista (poco numeroso aquí, pero compuesto de muy distinguidos y aperechables personalidades) aumentará nuestra satisfacción, tanto por el valioso concurso que viene á prestar á la obra de concordia y concentración de fuerzas, cuanto porque ella demuestra que los republicanos que hasta aquí han seguido al Sr. Castellar en su llamada marcha evolutiva, van abriendo los ojos á la luz de la realidad y convenciéndose de que por ese tortuoso camino no se va á ninguna parte, como no sea á dar vida á lo que en la concepción de todos está debiendo morir.

«Bien venidos sean los republicanos posibilistas de Ján entre sus hermanos de las otras agrupaciones, y ojalá su noble ejemplo de independencia y buen sentido sea recordado por los del resto de la nación!

«Resumo solo decir á usted, que en todos ó casi todos los pueblos de esta provincia se está procediendo como aquí, y que hay fundados motivos para esperar un brillante despertar del pueblo republicano.

El correspondiente.

El Casino Unión Republicana de Gijón ha tomado la iniciativa para la constitución de Comités en aquella región, conforme con lo acordado por el Comité directivo de la Prensa.

«En el notable Manifiesto que ha publicado con tal objeto, leemos:

«Al acordar por unanimidad la Junta directiva de este Casino, en sesión celebrada el día 13 del actual, dirigirse este Manifiesto, extendiéndose á que se organicen en la forma que se deja indicada, no fué con el objeto de apropiarse una jofatura, y si sólo el que de ella dependiese, á la gran obra de la coalición entre todos los republicanos que, sin distinción de matices, anhelan verdaderamente la restauración de la forma de gobierno que nos fué arrebatado por un afrontado soldado en los campos de Sagunto. Y que solamente á esto aspira la Junta directiva mencionada, lo prueba el que no riega trabajar ni influir en modo alguno porque los Comités que en Ján pertenecían á esta ó á la otra fracción, dirigiendo su voz lo mismo á los federales pactistas de coalición y á los progresistas, que á los federales orgánicos y posibilistas disidentes; en una palabra, á todos los republicanos partidarios de la coalición.»

«Está perfectamente expresado el pensamiento de la coalición de la Prensa.

Hemos recibido la boja impresa que los republicanos cordobeses han redactado, invitando á sus correligionarios á organizar el Comité de coalición.

«La suscriben los señores de la comisión organizadora: Federico Castellón, Federico Barranco, José Chamorro, Manuel Villanova, Ramón Nocheño, Enrique Alijo, Fernando González, Mariano Trigo, Rafael Conde, Francisco Alarcón.

«Y está informada en un amplio y generoso espíritu de concordia.

«En Aranda de Duero ha quedado constituido el Comité de coalición republicana en la forma siguiente:

«Presidentes. D. Andrés de la Hoz Ramirez.—Secretario. D. Victoriano Berzosa.—Vocales: D. Marcelino García Rojo, D. Fernando Boquejo, D. Mariano Miraballes, D. Fernando Aparicio, D. Eustaquio Berzosa.—Delegado en la provincia, D. Manuel Lapena Ruiz Zorrilla.

«Según telegrama de última hora que recibí, el diputado D. Manuel María Montoya, ha sido el elegido con grande entusiasmo, por todas las fracciones republicanas, el Comité de la Coalición, en una sesión á que han asistido cerca de dos mil republicanos.

«En Tarracón se ha realizado un gran movimiento de opinión en sentido republicano. Muchos liberales, que venían figurando en el campo monárquico, se han declarado republicanos; por lo cual se han reconstituido el Comité de la localidad en la forma siguiente:

«Presidente honorario, D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Efectivo, D. Juan del Pozo.—Vicepresidentes, D. Enrique Solá.—Secretarios: D. Ignacio Castell y D. Idefonso Vidal.—Tesorero, D. Nicanor Moreno.—Vocales: Don

Mariano Martínez, D. Eugenio Salto, D. Juan Crespo, D. Francisco Moreno. Con avances de este género de la opinión, la República se impone por su propia fuerza atractiva.

REVISTA NEGRA

Los habitantes de cierta casa medianera con el convento de Jesús y María de la Imperial Toledo, vieron de pronto sorprendidos con la aparición de una monja de hábitos blancos y cara de difunta.

Pasado el susto y venidas las explicaciones, la monja huida contó, con voz desahucada y entrecortada por los sollozos, que afligida de los más atroces tratamientos en el convento, se había de él escapado con gravísimo peligro de muerte, viniendo a ponerse bajo la protección de la primera alma caritativa que hallase. Entre otras iniquidades que las monjas sus hermanas y co-esposas en Cristo parece que la han hecho, ha sido tenerla seis meses enteros encerrada en un cuarto oscuro a pan y agua.

La Nochebuena se escaparon de la cárcel de Granada varios presos. Como allí es corriente la filosofía y práctica de al burro muo to la cesada al rabo, practicóse inmediatamente de idos los presos un registro en la penitenciaría, hallándose toda suerte de armas e instrumentos entre los presos.

En el tren correo del Norte pegó de puñaladas un malvado a cierto viajero, que a consecuencia de las heridas ha fallecido en Avila. Otro foragido ha robado 8.000 pesetas, con amenazas de muerte, en un tren de la línea de Badajoz, al jefe de sección de Cas-tuera.

Y nuestras empresas ferrocarrileras tan frescas, repartiendo sus dividendos acovados, sin acordarse de que existen umbrales de alarma en todos los ferrocarriles del mundo civilizado.

Y nuestros más esclarecidos políticos cobrando sus sueldos de consejeros tapafaldas de estas compañías.

A su majestad el rey novato de Portugal le ha agudado las fiestas de su coronación el trancado, de que se halla enfermo, sometido a un régimen sudorífico.

Entre las lindes que esta mala tra escribe en su epítola, que tengo a la vista, una es que LAS DOMINICALES son un periódico in/ame.

Entre las lindes que esta mala tra escribe en su epítola, que tengo a la vista, una es que LAS DOMINICALES son un periódico in/ame.

En todas partes los chiquillos juegan a remedar aquello que constituye las grandes aficiones de los pueblos. Así en Francia, que es una nación guerrera, los chicos juegan a los soldados y, cuando no, se divierten con locomotoras y máquinas de cartón u hojale-lata.

En el Valle del Roncal los niños juegan a los obispos, pues en el día de San Nicolás, al más moco de ellos le disfrazan de príncipe de la iglesia, le sientan en una silla y le hacen funcionar de Salvador de las almas enemigo de las más ridículas, y si fuera propio en mí decirle, también las más implas de las fiestas.

Pero al obispo de Pamplona, que tanta prisa se dió a excomulgarle, todavía no se le han movido los higados a dar un par de reverses a los que en tan odiosa caricatura ponen todos los años su reverenda persona.

Como la cosa tarde, amigo Carmona, el mejor día un cura te ofrece mil reales, amén de casarte de balde, con tal que lo hagas por ante la iglesia.

Con que aprovecha la ocasión, que con tal de sacarle dinero a un clérigo paso por todas.

Desosos de ganar el pan de sus familias dos jornaleros de Santa Coloma de Farnés, fueron el domingo pasado a trabajar en el bosque del vecino pueblo de Puntilla, y ya se disponían a emprender su faena cuando se presentó el alcalde y se lo impidió, protestando que en día de fiesta allí no se trabaja.

¿Pero ese que tal hace es un alcalde ó un sacristán? Y el gobernador que esto sepa y no le llame a cuentas ¡merecerá el nombre de gobernador!

¿Qué curas, señor, qué curas! No hay escrupulo en el mando en cuyo fondo no brille la coronilla de alguno de ellos.

Precedente de Francia. Llegó el 22 a Port-Bou un clérigo, que dijo llamarse Leoncio, tan cargado de barriga y tan abultado de polsón, que dando en ojo a los empleados de la aduana fué escrupulosamente registrado por un carabiniere, el cual en un santiamén le descargó de la panza y el polsón, consistentes en cuatro kilos de manta de lana y 800 gramos de tejido de algodón estampado.

Aparte la multa que le emplumaron a Leoncio, tuvieron que oír los piadosos y católicos comentaristas de la gente de la aduana y de los viajeros del tren.

El cura de San Juan de Gracia, olvidando que viva el pan de los republicanos, que en su inmensa mayoría constituyen la masa de aquella democrática población, se permitió

días pasados barbarizar en uno de sus sermones contra el librepensamiento y LAS DOMINICALES, de que dijo parecía imposible hubiese personas decentes que leyesen tan inhumdo papelucho.

Ojo, curita, y acuérdate de lo que has dicho, para cuando llegue la hora de la revancha.

El cura Boudes

A la lista de clérigos malvados que venimos publicando diariamente, hay que agregar un nombre que se hará célebre, sin duda, en los fastos del crimen: tal es el del cura francés Boudes.

Boudes nació en la aldea de Roquecave, cerca de Thonels, cantón de Saint-Romme de Tarn (departamento de Aveyron), el 1.º de noviembre de 1832. Hizo sus estudios en el Seminario de Hautmont, y entró en 1853 en el gran Seminario de Rodez, de donde salió expulsado, por robo. Paso al Seminario de Périgueux, donde cometió numerosos latrocinios por lo cual fué también expulsado.

Más tarde logró ser admitido en un colegio de sacerdotes italianos, establecido en Burdeos, y después en Bourg-Saint-Angeol en una comunidad semejante. En esos establecimientos no dejó más que un recuerdo: el de su profunda inmoralidad. Sin embargo, logró ordenarse clérigo por el obispo italiano de Castelamaro.

Después de varias correrías, en que llega hasta Roma, se le encuentra en Marsella el año 1863. Allí formó parte de una comunidad de italianos, entre los cuales había un predicador distinguido que poseía una colección notable de sermones; Boudes se los robó, y armado de este tesoro para embobrar a los devotos, partió para el Aveyron, con el propósito de consagrarse a la ilustre cátedra del Espíritu Santo.

Allí iba de parroquia en parroquia predicando los sermones que se había aprendido de memoria, y obteniendo un gran éxito como orador sagrado. Seudado por su nombre, el párroco de Lagarde le ofreció un puesto en su parroquia para que le sirviera de auxiliar. Boudes se apresuró a aceptar.

Apenas ocupó el puesto de vicario de Lagarde comenzó a demostrar sus instintos perversos. Su rapacidad no tenía límites. Iba a la cabecera de los moribundos a solicitar de ellos dadas y legados con tal cinismo, que escandalizó hasta a sus mismos colegas. No era solo ladrón; su inmoralidad no respetaba casadas, doncellas, ni aun niñas. Las quejas llegaron al párroco, que se creyó en el caso de reprenderle. El malvado negó, protestando de su inocencia.

En 1855, un hecho grave se produjo en la parroquia. El clérigo que de ordinario preparaba las viñetas las encontró llenas. Vió que el vino estaba turbio, é hizo la observación al párroco. Este, al ir a celebrar, probó el vino y lo encontró amargo. Al punto hizo que lo vaciaran y guardaran, reemplazándolo con otro.

Algunos días después, Mr. de Moncau (así se llamaba el párroco) pasó a Rodez é hizo reconocer el vino por un farmacéutico. Del análisis resultó que aquello era un violento veneno. Contenía agua sedativa y cloridrato de morfina.

La justicia no tuvo conocimiento de ese crimen. El párroco de Moncau lo participó sólo al obispo, y recomendó a los que lo sabían el mayor secreto.

A los dos meses fué trasladado a Viviez, cantón d'Aubin, en una parroquia más agradable y de mejores condiciones para saciar sus instintos perversos. Escudado con la impunidad, lo creyó todo permitido. Robos, falsedades, actos inmundos, atentados al pudor: tales fueron los crímenes que cometió en gran número.

So pretexto de prepararle para el ingreso en el Seminario, atrás a su casa a un niño de once años, del cual abusa brutalmente; propone a una joven en cinta el aborto; es causa de la muerte de un joven, al cual encarga en el vicio; comete ataques al pudor con los jóvenes que van al servicio militar.

Se hace falsificador, usurero, estafador. Las noticias de sus fechorías llegan a oídos del párroco, el cual acude en queja al obispo. Este se hace el sordo y el pobre párroco tiene que resignarse a sufrir las maldades de su vicario. Pero los vecinos sustituyen a las quejas las amenazas. Un carpintero a quien estaba, le promete jugarle una mala pasada. Boudes no escarmentó y lleva su audacia a robar al mismo párroco una cadena de oro. Este último robo era el colmo, y el obispo se decidió, al saberlo, a castigarle.

Mas por todo castigo se limitó a trasladarle de vicario a Sénargues, con prohibición absoluta de penetrar más en el cantón d'Aubin.

Boudes estuvo en Sénargues desde junio de 1868 hasta el 15 abril de 1871. Y desde allí, a pesar del rastro de infamias que dejaba, fué elevado a la parroquia de Lauries, donde cumplió los actos más criminales que la acusación le imputa.

Allí abusó de todas formas de una infortunada niña de once a doce años, María Barrés, que preparaba a la primera comunión. Para apagar sus gritos é impedirle denunciarle, la amenazaba con las penas del infierno. Le decía: «El buen Dios te ve y te escucha; te llevará derecha al infierno si no me haces caso y me descubre a alguien».

La niña no se atrevió a hablar. Por fin, habiendo querido escapar a la casa Roquet, de Paris, haciéndole un pedido de panes, fué cogido infraganti; pero logró escaparse. A fuerza de pesquisas, la justicia pudo encontrarle en... ¡un convento!

Además de los hechos antes narrados, que constan auténticamente, se acusa a Boudes de haber asesinado al cura de Saint-Cirt, Mr. Abbar. Este desgraciado había sido estrangulado en su lecho, en mayo de 1875. El asesino le había aturdido antes a palos. En la gaveta del difunto se encontró la falta de 10.000 pesetas en dinero y valores diversos. La hermana de la víctima fué interrogada y confesó que había oído ruido; pero que llena de espanto no había tenido valor para gritar. Sus respuestas parecieron sospechosas, y se decretó su prisión preventiva y la del campanero de la iglesia, así como del hijo de éste. Pero al cabo de cuatro ó cinco meses hubo que reconocer el error y con-vencerse de que eran inocentes.

Boudes entretanto, llevado ante el tribunal de Montpellier, se fingió loco, y en concepto de tal ingresó en el manicomio.

Allí ha pasado nueve años, hasta que en la noche del 29 al 30 de octubre de 1886 logró escaparse.

Habiendo obtenido una cédula de vecindad falsa con el nombre de Jean Mary, entró primero al servicio de una casa de labor, como criado, en el distrito de Albi; después consiguió que le dieran una plaza de profesor en la institución de Santa María (siempre buscando la careta religiosa) en Albi mismo.

Allí es donde ha sido detenido recientemente a instancias de los parientes de una anciana octogenaria, de quien se había captado la confianza y a quien había apañado la fortuna.

En estos instantes se está viendo la causa en el Tribunal de Aveyron, donde ha habido

que nombrarle defensor de oficio, porque ningún abogado la querido defenderle voluntariamente.

Y bien; si ese hombre no es clérigo, ¿duda alguien que al descubrirse su primer crimen, el de la tentativa de envenenamiento, es encarcelado y condenado?

¿Quién es, pues, el responsable de todas sus maldades sino esa Iglesia que las ha encubierto por tan largo tiempo, alejando al culpable con la impunidad?

¡Qué conciencia la de esos obispos! Oyen decir a los mismos párrocos que es un criminal el cura Boudes, y le dejan hacer. Al que esta veneno en los cálices, le dan para convertir en sangre de Cristo el vino de la consagración. Al que ha cometido tantas obscenidades, le entregan las jóvenes, las casadas y las doncellas, para que hable con ellas sacramentalmente, en el confesionario, de vicios inmundos!

¿Pero no abrirán los ojos alguna vez esos padres de familia? ¿Va a ser eterna la estupidez del género humano?

Libre pensamiento en acción.

El día 13 del corriente se celebró en Ibarra (Trujillo) el matrimonio civil del distinguido médico D. José Impellietri con la bella señorita doña Candida Baltar y Bravo. Fueron testigos los convencidos libre-pensadores de Trujillo D. Agustín Martínez Carrión, D. Diego Burgos, D. Juan Fernández y D. José Cercas.

A este interesante acto de independencia religiosa siguió un espléndido banquete, al que asistieron el señor juez municipal, el alcalde y multitud de amigos del Sr. Impellietri, en el cual se pronunciaron entusiastas brindis en favor del librepensamiento y al nuevo matrimonio, a quien deseamos felicidades.

Nuevo acto civil en La Encina, donde ha sido inscrita civilmente una niña con el nombre de Cleotilde Igualdad, hija de Gabriel Ramírez y Bernardina Rodríguez. Fueron testigos Ramón y Emilio Soroz Jorques, representando al padr: nuestro buen amigo D. Santiago Alférez, a cuya poderosa iniciativa se debe en gran parte el admirable movimiento librepensador que se advierte en aquella comarca.

Sr. D. Ramón Chies. Malón (San Luis) 14 diciembre 1889.

Mi respetable amigo y correligionario: La excomunión lanzada por el obispo de Menorca contra el periódico El Liberal, va causando efecto.

Habiendo dado a luz un niño la esposa de nuestro amigo y correligionario D. Pedro Carnal, éste, como de costumbre, se personó en la casa del rector de este pueblo para anunciarle el día que pensaba bautizar, manifestándole que el padrino de pila había de ser el abuelo del recién nacido; a esto le contestó el referido rector que no lo admitía como por ser conserje del Casino El Progreso, y ser éste suscriptor al periódico excomulgado; pero que sin embargo ya le avisaría; a esto contestó el padre del referido niño que de ningún modo le bautizaría si no le admitía el padrino de referencia.

El niño a estas horas sigue bueno y sin bautizar, habiéndose hecho la correspondiente inscripción en el registro civil. Con éste van dos; D. Francisco Pérez tiene también un hijo sin bautizar, por no haber admitido el padrino que había presentado al cura.

Salude a todos los redactores, y usted mande a su afectísimo.

El correligionario.

Hazañas clericales

Después de los horrosos asesinatos cometidos por el clérigo Castro Rodríguez, acaba de perpetrarse otro en la República Argentina, que ha llenado de espanto a los habitantes de aquel país.

He aquí en extracto lo que sobre ese crimen dice La Acaacia, de Buenos Aires: «En una pequeña habitación de cuatro varas por cuatro, acostado en una cama colocada en uno de los ángulos del cuarto, vestido con ropas de dormir y rodeado por un verdadero charco de sangre, se hallaba el cadáver del presbítero Motter, cura párroco del vall. de las Conchas (provincia de Buenos Aires, Or. de la Rep. Argentina).

«El comisario señor Cabeza examinó atentamente la posición del cadáver, y sospechó en seguida que la muerte no podía haber sido causada por el suicidio.

«Un clérigo llamado Zanone que había denunciado al juez el hecho presentándolo como un suicidio, acompañaba al comisario.

«El comisario Cabeza—continúa diciendo La Acaacia—manifestó al teniente cura Zanone que la muerte tenía que ser el resultado de un homicidio.

«El sacerdote con su voz dulzona y expresión tranquila trató en seguida de disuadirlo, diciendo: No, señor comisario. Tenga la convicción de que el señor cura se ha suicidado. Anoche estaba b. estante ebrio, porque el señor cura, si, señor comisario, tenía la costumbre de embriagarse, y conociendo yo su carácter y los disgustos que tenía, no me extraña que se haya suicidado.

«El teniente cura habla con alguna dificultad el castellano; pero, sin embargo, se hace comprender y no dice sino estrictamente lo que quiere que se le entienda.

«Dichas las palabras que anteceden, agregó además: «Ahí está el testamento; el señor cura deja un testamento.»

«Aquello, en efecto, era un argumento.

«En el cuarto del cura Motter había dos camas. En la una yacía su cadáver y sobre la otra estaban prolijiamente extendidas sus ropas, viéndose sobre éstas dos sobres: en el uno estaba Mio Testamento; en el otro Montecidelo! y con lápiz azul la palabra Os-seroi!

«El testamento estaba fechado en la ciudad de Trento el año 1888, y el contenido del otro sobre consistía en un papel que tenía la dirección de dos personas.

«Era imposible que esos fueran los papeles dejados por un hombre decidido a suicidarse.

«Prosiguiendo la pesquisa, el comisario Cabeza obtuvo la casi certidumbre de que el cura Motter había sido asesinado y de que el teniente cura Zanone era su matador, ó por lo menos cómplice en su asesinato.

«Como es natural, el comisario Sr. Cabeza arrestó en seguida al teniente cura y sacristán, enviándolos incomunicados a la comisaría.

«A pesar de la habilísima táctica del cura Zanone, muchos juicios tenían que desconcertarlo, y por más que en un principio no parecía haberle contrariado haber dicho que al penetrar el domingo por la mañana al cuarto del cura no se había apercibido de que éste estaba muerto, diciendo luego que la ventana estaba abierta y agregando por último que la lámpara colgada cerca de la cama estaba encendida, razones evidentes para que desde el primer instante hubiese visto el cuadro horrible que presentaba el

lecho; tantas y tan diversas fueron las contradicciones en que tuvo que caer, sobre todo al ser llamado con los hermanos Valentini, que acabó por decir que si se creía que se trataba de un crimen, de los únicos que se podía sospechar era de los susodichos hermanos.

«Rofrió entonces que é los habían tenido en Europa un grave incidente con el cura, que se odiaban, que hacía algunas noches que se veía rondar la casa, etc.

«En fin, iniciada así la derrota, Zanone confesó que el sábado a las 7 y 30 p. m. había hecho entrar a la casa parroquial a los hermanos Francisco y Santiago Valentini, los que se escondieron bajo la segunda cama que había en el cuarto del cura, mientras que él entretenía a éste conversándole.

«Luego se retiró a su habitación. Más tarde, a hora que no precisa, oyó las detonaciones y una hora después de oírlas, fué al cuarto del cura y cerró la ventana por donde habían huido los asesinos, siendo él quien arregló las sábanas, la posición del cadáver, le puso el revólver en la mano, etc.

«Domingo Valentini pretendió fugar dos veces durante la noche del lunes a las dos y a las dos y media de la mañana.

«Horas más tarde, a las cinco de la mañana, el comisario Sr. Cabeza arrestaba personalmente en el Rincón de Milberg a Valentini Valentini y lo conducía a la comisaría custodiado por un cabo.

«Este Valentini temblaba como un azogado, y como sus hermanos, decía ignorarlo todo.

«Otro de los Valentini, que son cinco hermanos, se encuentra en San Isidro, y no se le arrestará porque se cree que no sea cómplice en el crimen perpetrado.

«Según el teniente cura Zanone, el cura Motter mantenía relaciones con la mujer de Domingo Valentini, a quienes tuvo algún tiempo a su servicio, a él como quintero y a ella de cocinera.

«Según el mismo Zanone, Domingo Valentini se apercibió de los manejos de su mujer y el cura, y se mostró disgustado, bien que no llegara a averiguar que entre ambos hubiera media to na grave.

«Los hermanos Valentini son de estatura mediana, cabellos rubios y ojos celestes claros.»

El lector se habrá fijado en todo lo dicho de la conducta de ese clérigo que se vale de las tretas más infames para consumir el crimen y evadir la responsabilidad, intentando luego engañar a la justicia de una forma estúpida y cínica.

¡Son estos los hombres perfectos! ¡Son los elevidos de Dios! ¡Que el pueblo abra los ojos de una vez y se decida a barrer tanta hipocresía y podredumbre.

Adhesiones.

Barcelona 25 diciembre 1889

Sres. Chies y Demófilo. Reciban ustedes la firme y entusiasta adhesión de dos jóvenes a esos gloriosos ideales de la República y el libre examen que con tanto acierto y elocuencia desenvuelven en sus DOMINICALES. La hora del acabamiento de los fanatismos ha sonado en el reloj de los tiempos, y España, siempre grande, se adelanta a muchas naciones en descatolizar. Adelante en esta obra de regeneración a que con todo el ardor de nuestras almas nos asociamos.—José Lorens y Galau.—Eduardo Font y Campderros.

Burgos 28 diciembre 1889

La lectura de LAS DOMINICALES me ha impresionado agradablemente. Así, así se debe combatir al clericalismo, odioso baluarte en que se amparan todas las grandes iniquidades sociales. Adelante, pues, en esa obra de regeneración, y cuente para ello con el concurso de este humilde y modestísimo industrial para cuanto esa hacer propaga de las ideas que todos anhelamos ver triunfantes.—Victoriano Rubio.

BIBLIOGRAFIA

La provincia de Madrid.—Obra patrocinada por la Diputación Provincial. Por Miguel Ayala y Francisco Sastra.

Bajo dicho título se proponen los autores publicar una biblioteca que contenga la historia de cada pueblo de la provincia de Madrid.

Hasta ahora han publicado dos tomos, en los cuales se trata de la provincia en general y del pueblo de Madrid.

El propósito de los autores, es arduo y recomendable. Cada tomo, bien impreso y con bella portada, cuesta una peseta.

Historia de Caldea.—Por Zenaida A. Ragozín, autora de «Asiria Media», etc.—Versión española por D. Juan de la Rada y Delgado. Este libro preciosamente editado, con numerosos grabados y encuadernación elegante y lujosa, forma parte de la biblioteca histórica de El Progreso Editorial.

Todos los modernos descubrimientos relativos a la historia de Caldea, que han transformado completamente las ideas que antes se tenían acerca de aquel afamado pueblo oriental, están contenidos en este libro, el cual ofrece en excelentes grabados la representación de los más interesantes monumentos que se han descubierto en los últimos tiempos y se hayan coleccionados en los principales museos de Europa.

Es un libro que honrará cualquier biblioteca.

Prosa.—Por Manuel A. Bares.—Precio dos pesetas.—Colección de artículos sobre la República Argentina, publicados a ruego de varios españoles distinguidos de Buenos Aires, que habían gustado la lectura de esos artículos.

El Sr. Bares ha hecho muy bien en titular su libro Prosa, porque si no muchos tomarían lo que escribe por poesía: tal es el sentimiento, la belleza de la forma y el ritmo que campean en sus artículos.

Súplica a nuestros amigos

Desearíamos llevar la propaganda del librepensamiento a todos los pueblos de España, para despertar el espíritu de nuestros compatriotas a la contemplación de la verdad religiosa y política, como quiera que todavía haya muchos pueblos en que LAS DOMINICALES no son conocidas, suplicamos a nuestros amigos que si en algunos de los que a continuación se expresan saben de persona de confianza y responsabilidad que pueda interesarse en la venta de nuestro periódico, lo solicite, a ello. La experiencia nos demuestra que donde quiera que algún buen republicano se lo ha propuesto, se ha actualizado la lectura de LAS DOMINICALES, contribuyendo a la formación de núcleos de librepensadores, baluarte vivo contra las pretensiones clericales. Aquellos que quieran dispensarnos el favor que le suplicamos, pueden hacerlo bajo las condiciones siguientes.

Remítanos gratis, durante cuatro semanas, diez ó quince ejemplares a la persona que se encargue de recibir el paquete.

Transcurridas las cuatro semanas de ensayo, pueden formular pedido desde seis números en adelante, estati-

faciéndolos por meses ó trimestres adelantados en libranzas ó letras de fácil cobro a favor del Administrador D. José Matarredona, al respecto de 1,50 pesetas por cada 25 ejemplares. Si les fuera más cómodo, giráramos a su cargo en fin de cada mes por el importe de los paquetes recibidos en el mismo, más un pequeño aumento por comisión de giro.

Los ejemplares deberán expedirse a 10 céntimos de peseta, remitiendo a beneficio a favor del expendedor de UNA FESTA por cada UNA CINCUENTA de desdoblamiento, puesto que cada 25 ejemplares, vendidos a 10 céntimos, importan 2,50 pesetas.

Madrid (Toledo), Móstaza (Ciudad Real), Mijada (Caceres), Mieres (Oviedo), Miguelurra (Ciudad Real), Mirav (Málaga), Minglanilla (Cuenca), Miranda (Oviedo), Mirav (Tarragona), Moaña (Pontevedra), Molin (Granada), Mocoñón (Toledo), Moeche (Coruña), Mogen (Valencia), Mogan (Huelva), Mojcar (Almería), Molin (Guadalajara), Molin (Murcia), Molledo (Santander), Monda (Valencia), Monda (Málaga), Mondáriz (Pontevedra), Mondragón (Guipúzcoa), Monasterio (Badajoz), Monfaro (Coruña), Monforte (Alicante), Monistrol (Barcelona), Montblanch (Tarragona), Montolago (Albacete), Montolera (Granada), Montolera (Granada), Montorres (Lugo), Morca de Ebro (Tarragona), Morcia (Huesca), Mora de Rubielos (Teruel), Meral de Calatrava (Ciudad Real), Moratalla (Murcia), Morilla (Castellón), Mos (Pontevedra), Mosqueruela (Teruel), Motricio (Guipúzcoa), Muehmal (Alicante), Mula (Murcia), Mungría (Vizcaya), Muro (Alicante), Muros (Coruña), Murtas (Granada), Muros (Lugo).

Correspondencia administrativa

Bous.—J. F.—Recibidas 16,30 pesetas y serví su pedido de libros.

Pose Blanco.—S. R.—Idem 2,56 que le date en cuenta. Conform.

Grajal de Campos.—J. F.—Aumentados dos ejemplares a su paquete.

Menóvar.—F. S.—Idem, id.

Zarza.—F. G.—Vista su grata del 11 y temé buena nota de su contenido.

Badajoz.—J. R.—Recibido 18,75 pesetas.

Pamplona.—J. D.—Idem 18,40.

Almería.—J. J.—Idem 18,75.

Alcantara.—C. F.—Idem 1,80.

Castellón.—N. G.—Idem 8.

Vitoria.—A. G.—Idem 18,50.

Santiago.—B. B. H.—Idem 15.

Blanes.—E. M.—Idem 2,75.

Tarraga.—E. M. y S.—Idem 26.

Lugo.—M. C. L.—Idem tres y serví los números pedidos.

Murcia.—J. M.—Idem 117. Conforme.

Alfaluja.—H. S.—Aumentados cuatro ejemplares al paquete.

Montolera.—P. P.—Idem 2.

Sancti Spiritus.—J. R.—Idem 2.

Casbanchel.—A. D.—Idem 4.

Figueras.—I. C.—Idem 13.

Matar.—J. F.—Idem 5.

Hualva.—M. T.—Idem, id.

Vinaroz.—V. L.—Idem, id.

Oliva de Monzerrat.—A. R. y G.—Comencé a servir el paquete pedido.

Alcalá.—M. G.—Idem, id.

León.—A. F.—Temé buena nota de su grata del 18.

Licencia.—N. P. M.—Suscrito hasta fin de junio 1890.

Alcázar de San Juan.—J. C. L.—Remití los libros pedidos.

Villanueva y Geltrú.—J. R.—Hecho el oportuno abono en cuenta.

Tarazona.—T. S.—Comencé a servir el paquete pedido.

Galera.—M. F. de la R.—Queda usted suscrito hasta fin de febrero del año próximo.

Maella.—M. F.—Idem a fin de junio de id.

Aguilón de Ebro.—F. C.—Idem de mayo.

Fines.—J. A.—Idem de marzo.

Geroña.—L. S.—Idem de diciembre.

San Juan de Alcázar.—G. G.—Idem de mayo.

Vilches.—E. M.—Idem de abril.

Manzanera.—M. A. P.—Idem de diciembre.

Burjassot.—Y. A.—Idem de mayo.

Carrión de Calatrava.—M. S. y V. R. Y.—Idem id., y remití el libro pedido.

Pamplona.—A. V.—Idem a fin de septiembre.